

EL MUSEO DESLUMBRANTE

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

— VI —

En ese libro exaltado y maravilloso que Henry Miller escribió sobre Grecia, habla sobre la excelencia de la comida de estas tierras, cuyas artes culinarias llega a comparar ventajosamente con la cocina francesa. Después de varios días, y luego de haber frecuentado muy distintos restaurantes, he llegado a deplorables conclusiones sobre el paladar del autor de "El Coloso de Marusi". La comida griega —por lo menos la que he podido conocer, es decir, la de los restaurantes— es terrible: aceite en voluminosas cantidades en todos los platos y pésimas dosificaciones en los condimentos, que estragan de inmediato al menos exigente de los gustos. Por último he descubierto el **Chisquebab**, que es un plato de carnes variadas que se asan en parrilla y que, como su nombre lo indica, no es griego sino turco.

Con todo, el maitre del restaurante que más frecuentemente visito, me pondera cada uno de los platos de su establecimiento con una sinceridad y un entusiasmo que me conmueven. A cada pregunta mía sobre una nueva especialidad, me responde: Excelente! Y pone los ojos en el cielo, para decir esta palabra con devoción realmente estremecedora. En vista de que soy un cliente más o menos habitual, ya me ha permitido penetrar en la cocina para mirar de cerca las extraordinarias elaboraciones que me ha ponderado, y a mi regreso le ordeno inmutable **Chisquebab**. Sonríe, y él se retira con una sombra de desolación en el rostro. Pero esto no quiere decir que al día siguiente no me reciba con idéntica amabilidad y me pondere sus platos en la misma forma.

Mi restaurante está situado en seguida de el "Silver Dollar Bar", cuyo patrón acostumbra sentarse a la puerta en las horas del medio día, y quien me saluda siempre con una beatífica sonrisa. Somos viejos conocidos. Nos conocimos el primer día de mi llegada a Atenas. Pero ésta, es otra historia.

Primer día. Hora: diez de la noche. Me siento un poco fatigado por el viaje y me dirijo al hotel. En el camino veo las luces llamativas del neón que esquivo con especial cautela. Tengo citas y compromisos para el día siguiente. Los mozos en la cafetería se han dirigido a mi en griego y, en la calle, varias personas se me han acercado para preguntarme por una dirección en el mismo idioma, de tal manera que he llegado a la conclusión

de que mi aspecto no tiene nada de exótico o de extranjero en este ambiente. Media cuadra antes de llegar a mi destino, se me acerca un joven alto, de magnífica presencia, que con ademanes muy corteses me pregunta en inglés si deseo ir a un *nigth club* para divertirme. Me comporto con una gran seriedad pretendiendo no entender, con la esperanza de que pronto me abandonaría por mi aspecto "griego". Su experto y finísimo olfato le hizo insistir, hasta que yo, realmente molesto, le explico que no tengo ningún interés, que estoy cansado y que quiero dormir. Pero es difícil luchar contra una refinada cortesía.

"No va a gastar ni un centavo. —Y me afirma, me reafirma y confirma las últimas palabras—. Ni un centavo. Hágame el honor. Usted es extranjero y yo quiero invitarlo, solamente para que conozca el lugar. ¿Comprende? Es un huésped nuestro". Mi debilísima ciudadela interior vacila, y yo acepto.

Empiezo por decirle que solo tomaré una cerveza y que en seguida voy a retirarme. Su decidida satisfacción no fue suficiente para hacerme comprender que había penetrado en sus terrenos, y que su plan empezaba a desarrollarse con toda limpieza. El "Silver Dollar Bar" es de una evidente vulgaridad: apenumbreadas luces rojas que apenas si me permiten distinguir a las tres personas que en la orquesta hacen retumbar un jazz muy mediocre. Cursilísima decoración con motivos griegos.

Mi acompañante habla de la "atmósfera" muy satisfecho y me presenta al patrón, que me recibe con desbordante efusividad. Es un hombre calvo cuya sonrisa llena toda su bondadosa cara roja. Pocas veces en mi vida he contemplado con tanto asombro un aire de tan formidable respetabilidad. Y, a pesar de que en la entrada vi muy claramente un cartelito en donde se decía, en inglés, en francés y en alemán, "que los precios del establecimiento no se regulaban por las leyes del turismo", pensé más bien en la generosidad griega y recordé que la vieja guerra de Troya y todos los males consiguientes, habían resultado de la ofensa que París había infringido a las leyes de "Zeus Hospitalario". Pensé estas y muchas otras razones justificativas, frente al rostro amable y la sonrisa encantadora de mi acucioso patrón, que me sirve una cerveza fuerte y espumosa, tan buena como la mejor de cualquier taberna germana.

De repente apareció Teresa. "Yo me llamo Teresa, y tú...". Teresa era algo así como un ciclón. Ahora pienso que quizás estaba un tanto achispada, pero en ese momento lo único que comprendí fue su desmesurada simpatía. "¿Un trago?". Bueno, y por qué no, un trago no se le niega a nadie. Los primeros instantes de nuestra conversación se diluyeron mientras yo le explicaba que ya me iba y que tenía mucho que hacer al día siguiente. Pero Teresa se acercaba cada vez un poco más, se hacía más pequeña y me afirmaba: "Te voy a hacer cambiar de pensamiento". Mientras ordenaba una nueva copa y otra cerveza para mí, me decía que yo era el hombre más agradable que había conocido. Miró mi pelo, y se aseguró que tenía unos tonos de plata tan extraordinarios, que al día siguiente se iba a hacer pintar el suyo en una forma parecida. El patrón entró en nuestra conversación tan agradable, para hacerme un juramento de amistad. Puso una mano en mi hombro y repitió que no podría encontrar un amigo tan sincero.

La respetabilidad sonreía en su brillante calva y yo me sentí como dentro de una caja fuerte. Era imposible no creerle. Y yo, era un gentleman, "a royal gentleman indeed".

El "guía" observaba desde lejos discretamente el desarrollo de los acontecimientos. Lo miré e hizo un gesto de satisfacción. En la mesa aparecían nuevas copas de las que daba cuenta mi encantadora amiga con increíble presteza. Era un tempo muy bien concertado, que iba del lento al alegre, y de éste al alegre prestísimo, mientras el alcohol me penetraba dulcemente y me hacía flotar en aquella "atmósfera" que no había podido captar en un principio.

Teresa tiene pelo negro, ojos negros, piel muy delicada y unas manos finísimas. Me pregunta insistentemente que cuando llegué a Atenas, y yo le repito que ese es mi primer día en la tierra de los dioses. Trata de pronunciar mi nombre, y no puede. Sobre la caja de cigarrillos lo escribo con caracteres griegos, y la respiración se detiene por un momento en el rostro asombrado de mi querido patrón. "Pero ¿si has llegado hoy, cómo es posible que puedas escribir en griego? Tu me estás engañando". Dice ella con ojos preocupados. Yo le vuelvo a repetir que he llegado ese mismo día y que mi griego... mi griego es griego antiguo que estudié hace muchos años. "Ah... griego antiguo! Griego antiguo!... Y el patrón respira profundamente después del corto suspenso. Estoy engreído con mis conocimientos, y apenas si me entero de que las copas cambian y de que Teresa continúa alegremente sus libaciones.

El patrón me insinúa, dice vagas palabras en el oído, me repite sus demostraciones de amistad y me asegura que todo se arreglará con una botella de champaña. Mi deliciosa vanidad va adquiriendo proporciones extraterrenas y ahora soy un fino catador. "Nada de champaña griego. Ha de ser francés". Mis amigos aplauden condescendientes. Aparece una botella francesa, una botella que ha sido destapada innumerables veces, pero yo ya estoy en el engaño; trato de protestar pero no me es posible decir una sola palabra. Cuando la protesta se hace más clara en la mente, la botella ha sido consumida. Teresa ha invitado a todo el mundo. Se excusa por un momento y desaparece. Desaparece por toda la eternidad.

El rostro del patrón se va convirtiendo en una sombra impenetrable, tiene un gesto duro, me observa con inquietante decisión. Le pregunto por Teresa, y me dice que no volverá, que tiene otros compromisos. La cuenta es interminable y minuciosa: mucho más de mil dracmas. Los cincuenta dólares que cambié en el aeropuerto! Protesto inútilmente. He sido el "cliente" de la noche. Que Zeus sea mi vengador y que no permita que las gentes puedan sorprender en la calle este velo de la estupidez que debo llevar sobre mi frente.

* * *

Pandelís me ha dado el teléfono de Julia Iatridis. Es la hispanista más importante de Grecia. Acaba de publicar su traducción de la segunda parte de "El Quijote" que no se conocía en griego. La llamo y me invita a su casa. Me recibe con una botella de "uso" y una bandeja llena de golosinas. Es una mujer de cierta edad y habla un español fluido de un tono

muy agradable y extraño. "Mi madre era española, y viajo con mucha frecuencia a España". Me explica. Tiene una pequeña biblioteca de libros españoles y se interesa muy vivamente en la literatura de nuestra América. Conoce a Neruda, a García Lorca, a Jorge Guillén, y los ha traducido a todos. "Necesito libros. Mándeme libros cuando regrese a su país. No conozco nada de lo que se escribe allá". Habla con una amabilidad contagiosa. "Conoce a Costantinos Tsirópoius?" Es "el otro" hispanista de Grecia. Un joven poeta muy interesante. Voy a llamarlo para que lo busque en su hotel".

Las dos horas que he pasado con "doña Julia" han sido realmente deliciosas. He sentido lo que es la generosidad y la hospitalidad de los griegos. No hubo reticencias ni dificultades en nuestra conversación. Por poco me hace pasar al cuarto de su esposo que se encuentra reducido al lecho. "Es médico y habla un poquito de español... Ustedes pueden ser muy buenos amigos".

Con esta "matrona venerable" me he de encontrar varias veces posteriormente. Su bondad me llena de alegría. Es una puerta maravillosa para entrar en la Grecia contradictoria y fascinante.